

Marías y el concepto histórico de España

CARLOS SECO SERRANO

Vengo tratando, estudiando y siguiendo a Julián Marías desde hace medio siglo: de 1941 datan nuestros primeros contactos, convertidos luego en fructuosa amistad. Alguna vez he referido que acudí a su hogar de recién casado cuando yo iniciaba mis estudios universitarios en la Central, en noviembre de ese año. Lo hice aconsejado por los parientes en cuya casa me alojaba, y a quienes unía una estrecha amistad con Lolita Franco, la joven esposa de Marías. Julián me recibió con su cordialidad característica: me trató como un hermano mayor; me proporcionó libros —la Gramática Griega de Veruela, entre ellos— y me dio sanos consejos (por ejemplo, que acudiera» siempre que me fuese posible, a escuchar las clases que impartía aún, en el viejo caserón de San Bernardo, don Manuel García Morente).

Cuando terminé la carrera acudí de nuevo al piso del matrimonio Marías, Julián me introdujo entonces —no podía ser menos— en la lectura sistemática de Ortega; que yo hice, cada vez más fascinado, en la primera edición de sus supuestas Obras Completas: el famoso tomo (único) con pastas de color naranja. Luego seguí a Marías en sus conferencias y en sus libros. Claro es que mi camino no era el de la Filosofía, sino el de la Historia; pero las orientaciones de Ortega y las sugerencias e intuiciones de Marías, también en este campo, me fueron siempre utilísimas; quizá por una reconocida afinidad de temperamentos y actitu-

des. Por, entonces —a finales de los cuarenta— estaba muy de moda el llamado *método histórico de las generaciones*^ utilizado por Pedro Laín en una de sus obras más sugestivas, y sistematizado por Marías. Un brete, pero espléndido libro de Ortega —por cierto no incluido en el tomo de color naranja—, el curso "En torno a Galileo", fijaba el concepto de crisis *histórica*, definido por la divergencia entre *coetaneidad* y *contemporaneidad* de generaciones preclaras. Cuando yo hice mis primeras y frustradas oposiciones a Cátedra, en 1953, mi lección magistral, titulada *El Renacimiento como crisis histórica*, debía mucho, si no ¡todo, al legado de Ortega a través de Marías. \

Un deslumbrante libro de Julián, publicado hace pocos años —*España inteligible*— coincide plenamente con los conceptos desarrollados por mí durante largos años cuando explicaba —en la Cátedra que gané, por fin— en 1957— Historia General de España en la Universidad de Barcelona. El concepto de España como "proyecto", que a lo largo de nuestro Medioevo supone una lucha multiseccular (la Reconquista), para "seguir siendo España"; la realidad de una España anterior al brote de las nacionalidades peninsulares, surgidas de esa misma lucha, venía a reforzar aquello sobre lo que —tanto en Barcelona como en Madrid, en mi Cátedra como en mis libros y artículos— me he esforzado siempre en clarificar: esto es, que España *no es simplemente un Estado plurinacional* —como tanto se repite hoy—5

sino *una nación de naciones*; y que la proyección de España, a partir del Renacimiento, en el vasto continente americano que ella había descubierto, esto es, el alumbramiento de las Españas de Ultramar, fue la *culminación universalista* del viejo *proyecto peninsular*.

La visión histórica de Marías está matizada, a mi entender, por tres matizaciones sustantivas:

1) Un apasionado sentir de lo español —lo español castellano, sobre todo—, Ese apasionado sentir, que a veces es, como en el verso de Garcilaso, "dolorido sentir", se nos hace presente, casi día a día —yo diría que pedagógicamente—, en sus artículos de prensa: es un apasionado sentir que busca forma, luminosamente, en la obra cumbre cervantina, y que se traduce en la exigencia de una impregnación española del cuadro europeo y en la referencia, ineludible, a lo español americano.

En un artículo reciente, Marías sintetizaba así lo que vengo diciendo:

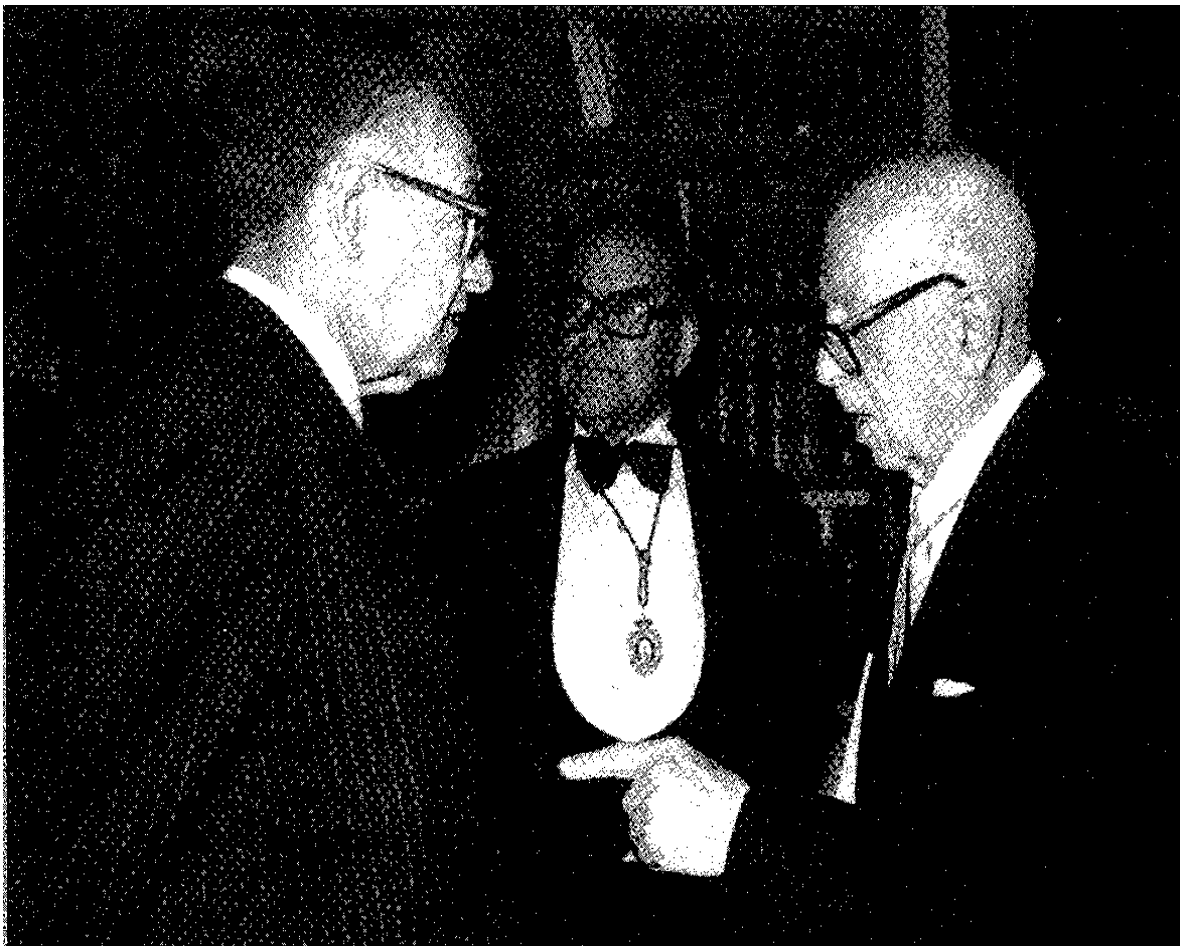
“Mientras las regiones, tan importantes y valiosas, significan el pasado, el repertorio real de costumbres entrañables, la manera real de insertarse en las naciones, Europa es el horizonte futuro, hacia el cual se va. Y hacia él hay que proyectarse desde el presente, es decir, desde la plena posesión de la nación como tal, con toda su riqueza interna y su proyecto global. Y en este caso de España, a diferencia de las naciones meramente "intraeuropeas", es menester tener en cuenta su condición esencial *transeuropea*, la vinculación del mundo hispánico, que la refuerza con la extraordinaria realidad de ese conjunto incomparable, íntegramente *transparente*, y que constituye un *nosotros* que nos acompaña, queramos o no”.

2) La segunda matización en la visión histórica de Marías —matización que, por lo demás, preside su obra toda— es el constante empeño de introducir claridad y sensatez en *la desmesura carpeívetónica*. Como expresión de lo disparatadamente *desmesurado* (o *exagerado*), ha definido Marías, en uno de sus luminosos ensayos, la lamentable crisis en que se forjó

nuestra guerra civil. En *lo desmesurado* se resume no pocas veces el juicio adverso que de su historia próxima, o de su propio presente, ha hecho el español contemporáneo. Al denunciar la *desmesura*, Marías ha podido salvar, poniendo luz en la confusión, parcelas nada despreciables de nuestra Historia, como la Restauración canovista y la España entre dos siglos,

No me resisto a copiar lo que a este respecto ha escrito en su preciosa aportación al volumen XXXIX de la *Historia de España* de Menéndez Pidal ("La Edad de Plata"), conformado y dirigido por Pedro Laín:

"La desvalorización hoy dominante del siglo XIX es injustificada y sólo puede explicarla la ignorancia y la arbitrariedad. Se toman en serio, y como si respondieran a la realidad, los comentarios negativos de los que vinieron inmediatamente después, sin advertir el sentido habitualmente polémico de cada generación, al menos en su fase juvenil, y muy en particular de la del 98 —que rectificó en buena medida cuando llegó a la madurez—; eEo sin contar con la propensión a la exageración, con el normal subrayado de lo negativo, de lo que molesta o duele. Mucho de los nombres [ilustres de aquel tiempo] parecen hoy muy importantes y valiosos; sin embargo, eso no mejora la imagen de su tiempo, Galdós parece una cumbre y asombra que no sea una figura universal; se redescubre a Clarín, que es exaltado como extraordinario novelista y alcanza una difusión que nunca tuvo anteriormente; se reconoce la magnitud política de Cánovas, de Sagasta, de Antonio Maura y Pablo Iglesias; se tiene una alta estimación de Giner de los Ríos y de Joaquín Costa; por supuesto, de Menéndez Pelayo y Cajal. De todo ello no se extrae ninguna consecuencia; se repiten las invectivas que se escribieron contra la época de la Restauración» sin preocuparse de aquilatar su grado de seriedad, en primer término, y su justificación en todo caso⁵. 3) La tercera matización es una reacción, yo diría que instintiva, contra determinadas escuelas historiográficas muy en boga hace pocos años:



José Prat, Julián Marías y Dámaso Alonso en el acto de posesión de su plaza de académico de número al escritor Francisco Ayala.

las de cuño marxista, atenuadas exclusivamente a los condicionantes económicos; o las que pretenden convertir la historia en pura estadística o en cuestión de ordenadores» La reacción de Marías apela a lo que es sustancial en la Historia: el protagonismo del hombre en toda su realidad; la virtualidad del individuo diferenciado en el acontecer histórico. Es como una valiente proclama a favor de lo que yo alguna vez he llamado "escuela humanista".

Pero esta última matizado este último rasgo, es como una afirmación más de la proporción, el equilibrio, el *seny* característicos de

Marías. El *seny*, expresión catalana, tiene su equivalente castellano, más que en la palabra *sensatez?* en esta otra: *mesura*. La *mesura*, cualidad casi insólita en el español medio, es, quizá, lo que mejor define a Julián Marías: al hombre, al pensador, al escritor. Esa es su gran lección, la que nos ha dado a todos, la que espero que por muchos años aún, a partir de estos primeros ochenta que acaba de alcanzar gloriosamente, siga dando a las nuevas generaciones españolas que son, cuando menos, nuestra gran esperanza, pero también nuestra gran preocupación.